

# LENIN Y EL TREN ALEMÁN DE LIBRE CIRCULACIÓN

LUCES Y SOMBRAS DE SU VIAJE  
EN EL «VAGÓN PRECINTADO» A TRAVÉS  
DE ALEMANIA

Guillermo G. CALLEJA LEAL  
Doctor en Geografía e Historia  
Profesor del CENTRO EUROPEO  
DE ESTUDIOS SUPERIORES (C.E.E.S.)

## *INTRODUCCIÓN*

**D**URANTE la Primera Guerra Mundial, Suiza, como Potencia neutral, se convirtió en un refugio de exiliados políticos y en un verdadero campo de batalla del espionaje internacional. En los hoteles de lujo entraban y salían delegados, secretarios y agregados diplomáticos, periodistas, industriales, financieros, damas..., todos ellos ocupados en misiones secretas. Pensiones, cafés, oficinas de correos y otros lugares públicos, eran frecuentados y a su vez observados por agentes de los países beligerantes.

En aquella sorda guerra de espías, Vladímir Ilyich Uliánov, Lenin, era un desconocido. Vivía retirado en Zurich junto a su mujer, Nadiezhda Krúpskaia, en una habitación alquilada a un zapatero remendón llamado Kammerer. Contiguo al Limmat, en la Spiegelgasse, viejo y angosto callejón, habitaba en el segundo piso de aquellas casas viejas de la ciudad antigua, de sólida construcción, rematada por un tejado ennegrecido por el humo de una fábrica de embutidos que estaba en el patio de la casa. Tenía por vecinos una panadera, un italiano y un actor austriaco. Sus inquilinos sólo sabían que era ruso, que disponía de poco dinero y que no se dedicaba a negocio lucrativo, por lo parco de su alimentación y

por su forma de vida que rayaba en la miseria. Pasaba inadvertido en un país donde cualquier movimiento de un extranjero era advertido inmediatamente por los servicios de inteligencia. Evitaba toda compañía y apenas recibía visitas. Todos los días, a las 8,50 de la mañana se dirigía a una cercana biblioteca pública, hasta las 12, la hora del cierre. Diez minutos después, llegaba a su casa para tomar un almuerzo frugal, y a las 12,50, partía de nuevo a la biblioteca, donde permanecía hasta las 6 de la tarde. Ni los reporteros ni las agencias de noticias prestaban atención a un hombre que vivía en la casa de un humilde zapatero remendón.

En los círculos socialistas suizos se sabía que fue redactor de un pequeño periódico londinense de tendencias radicales llamado *Iskra* (esto es, «La Chispa»), publicado por emigrantes rusos, y que en Petrogrado<sup>1</sup>, era el jefe de un cierto partido del que es preferible olvidarse. También se sabe que, de vez en cuando, convocaba alguna reunión en un cafetucho proletario, pero que tan sólo solían acudir unas quince o veinte personas a lo sumo, en su mayoría jóvenes; por lo que se cree que son como el resto de los exiliados políticos, gentes que se exaltaban fácilmente por el abundante té o café, y dados a continuas y estériles discusiones políticas.

El 12 de marzo de 1917<sup>2</sup>, un gran motín estalló en Petrogrado que anunciaría el hundimiento casi instantáneo del régimen zarista. Una semana después, el zar Nicolás II, traicionado por casi todos y viéndose sin apoyos, tuvo que abdicar y ceder el poder a un gobierno provisional en el que estaban representados los principales partidos. En él destacaba Alexander Kerenski, socialista moderado e hijo del director del instituto de Simbirsk, donde Lenin había estudiado. Las noticias de la revolución produjeron gran sorpresa a Lenin y a sus camaradas bolcheviques en el exilio. Trotski escribió: «*La explosión revolucionaria que habían esperado tanto tiempo y con tanto fervor les pilló desprevenidos*».

En marzo de 1917, la gran mayoría de los dirigentes bolcheviques se encontraban refugiados en el extranjero o desterrados en Siberia. Zinoviev, Radek, Riazanov, Alexandra Kolontai y Larin llevaban ya varios años en el extranjero, unos en Suiza, otros en Londres o París. Bujarin estaba en Nueva York, ocupado en la edición de un periódico de la emigración en colaboración con Trotski. En cuanto a Stalin, Kamenev y Sverdlov, se hallaban en Siberia.

---

<sup>1</sup> A comienzos de la Primera Guerra Mundial, el zar Nicolás II, mediante «ucase» (decreto imperial), ordenó que la capital cambiase su nombre de San Petersburgo, considerado alemán, por su rusificación de Petrogrado.

<sup>2</sup> El 12 de marzo corresponde al 27 de febrero de 1917, según el antiguo calendario ruso. Se trata del calendario juliano, que tiene una diferencia de trece días respecto al calendario gregoriano u occidental.

Las noticias sobre los acontecimientos revolucionarios de Petrogrado llegaron a Suiza con bastante retraso. En la mañana del día 15 mientras Nadiezhda Krúpskaia lavaba los platos y Lenin se disponía a ir a la biblioteca como de costumbre, el exiliado polaco Bronski, antiguo camarada de Lenin, irrumpió en su habitación y les dijo: «¿No saben la noticia? ¡En Rusia ha estallado la revolución!». Lenin se queda atónito y al principio se resiste a creerla: como en 1905, la revolución se había iniciado sin él; luego, comprobó que era cierta a través de la prensa. Era el momento que había soñado desde hacía muchísimos años; pero, al seguir leyendo, comprueba que se trataba de un alzamiento palaciego urdido por diplomáticos franceses y británicos para impedir que el Zar firmase la paz con Alemania. Desde aquel preciso momento, Lenin sólo tiene una obsesión: regresar a Rusia cuanto antes. Se desespera, se irrita con todo el mundo, y le encoleriza la idea de no poder estar allí y perder la oportunidad de imponer «su» revolución proletaria, que se le va de las manos.

El Gobierno provisional invitó a los exiliados rusos a que regresasen a la patria; sin embargo, esta invitación no afectaba ni a Lenin ni a los suyos. Incluso Pável Miliukov, líder del Partido Demócrata Constitucionalista, y otros liberales, promovían la idea de retrasar su regreso en todo lo posible. Por otra parte los Estados de la Entente disponían de listas negras con los nombres de cuantos habían participado en el Congreso de la Tercera Internacional en Zimmerwald (5 a 8 de septiembre de 1915); así, mientras socialistas moderados como Gueorgui Plejánov —considerados como necesarios para la continuación de la guerra— son conducidos con todos los honores desde Inglaterra a Petrogrado en un buque torpedero de la Armada, Trotski es retenido en Halifax, y lo mismo le ocurre a otros radicales en la misma frontera.

Los gobiernos de París y Londres negaban el paso por sus países a Lenin y a sus seguidores, pues conocían sus posiciones contrarias a la guerra y temían que sus actividades debilitarían al Ejército ruso. Pero, por si fuera poco, también estaban casi aislados de sus camaradas en Rusia. En efecto, el Partido bolchevique en Rusia apenas mantenía contacto con Suiza y a falta de muchos dirigentes, deportados en Siberia, se hallaba en manos de un triunvirato: Shiliapnikov, Zalutski y Molotov (este último, miembro también del Comité ejecutivo del Soviet). Estos fueron los autores del «Manifiesto bolchevique» del 27<sup>3</sup>; sin embargo, con la amnistía y el retorno de algunos exiliados y deportados —entre

---

<sup>3</sup> Manifiesto del 27 de febrero (antiguo calendario), en el que los bolcheviques, por su tono revolucionario y su actitud radical contra la guerra, se desmarcan claramente de los mencheviques.

ellos, Stalin y Kamenev—, el «espíritu del manifiesto» iba a desaparecer. Además, obsesionados por la amenaza del imperialismo alemán, en su mayoría se alinearon en las vacilantes posiciones del Gobierno provisional, lo que significaba, pese a los acuerdos de partido, la no ruptura con el Gobierno y la actitud «patriótica» en la cuestión de la guerra. Precisamente, esta postura era contraria a la de Lenin, quien desde 1914 clamaba por la necesidad urgente de terminar la guerra a cualquier precio; y este «derrotismo» revolucionario chocaba abiertamente con las tesis oficiales del Partido bolchevique en Rusia.

Lenin, completamente desconcertado y aislado de su partido en Rusia, envía varios telegramas a Petrogrado, pero o son interceptados o no son despachados. En su telegrama del día 19 a los suyos, les dice: «*Nuestra táctica: total desconfianza, sobre todo, con Kerenski. Ninguna aproximación a los otros partidos*».

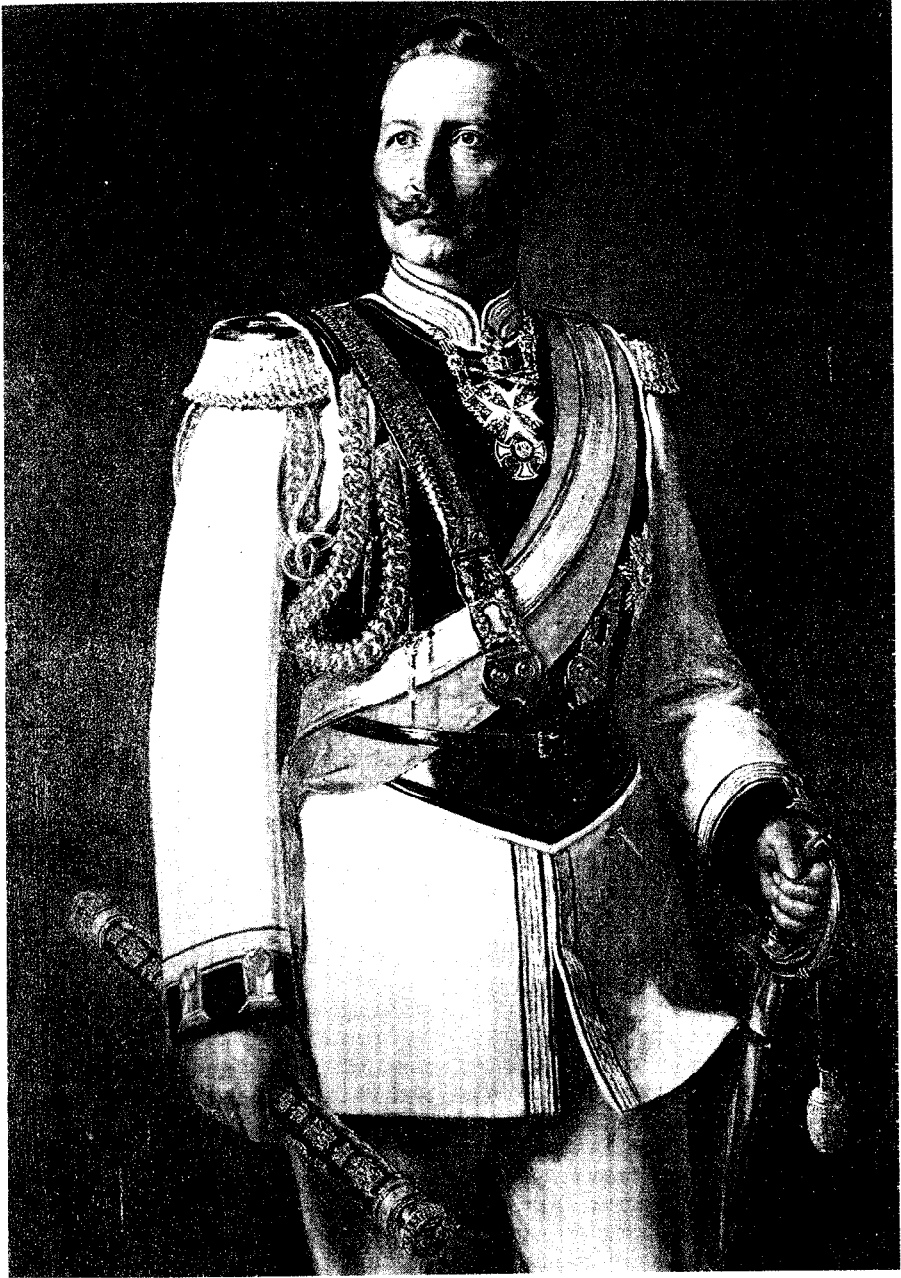
Lenin podría ser un desconocido en Suiza, pero no en Rusia, donde su presencia se considera como una gran amenaza. Pasan los días y Vladímir se desespera: «*Es un tormento no poder hacer nada en un momento así*»; y, precisamente, en estos días de gran desconcierto, idea diversos planes para regresar a Rusia, todos inviables. Primero pensó alquilar un avión que salvara la distancia entre Alemania y Austria, pero quien se ofreció para tal empresa resultó ser un espía. Luego va ideando planes descabellados e ideas confusas de fugas, como un viaje a Suecia. Su mujer, refiriéndose a estos momentos, dice en sus «memorias»: «*Vladímir perdió el sueño y nos pasamos la noche haciendo toda clase de planes a cual más increíble*».

Intenta hacerse con un pasaporte sueco pensando regresar a Rusia por Suecia. Como no sabe ni una sola palabra de sueco, piensa fingirse sordomudo. Nadiczhda, procurando conservar el humor, le dijo: «*El inconveniente está en que te dormirás en el tren; en sueños verás a tus enemigos, los mencheviques, y empezarás a gritar: ¡canallas...! ¡canallas...!, y todo el plan irá a rodar por tierra*».

Mientras medita estos planes que le van surgiendo, va escribiendo una serie de «cartas» a sus camaradas de Petrogrado. Más tarde se publicarían bajo el título *Cartas desde lejos*<sup>4</sup>, que fue cuando acuñó la

---

<sup>4</sup> El ellas, Lenin marca distancias respecto al Gobierno provisional, «*atado de pies y manos por el capital, por la política imperialista de rapiña*». Llama también a desconfiar de las promesas del Gobierno y a armar al proletariado. El 19 de marzo escribió su primera «carta»; y, semanas después, expondrá lo fundamental de éstas en una serie de tesis (conocidas como *Tesis de Abril*): un análisis revolucionario de la situación que la estrategia bolchevique cambiaría de forma radical, y una orientación de las bases políticas —y psicológicas— para el asalto al poder y la insurrección final de octubre (antiguo calendario, noviembre en el vigente).



Kaiser Guillermo II

consigna que daría el triunfo a los bolcheviques: «Paz, pan y libertad». Al final, Lenin comprende que debido a la urgencia de su regreso, la única forma de hacerlo es comprometerse a firmar la paz con Alemania. Idea que no sólo causará terror a los moderados, sino también a sus camaradas. Se trataba del camino más difícil y arriesgado, y suponía, en definitiva, un compromiso histórico al impedir la paz justa y victoriosa de Rusia.

### *EL ESCANDALOSO ACERCAMIENTO ENTRE LENIN Y EL KAISER*

El kaiser Guillermo II había hecho varios intentos de firmar una paz separada con el zar Nicolás II a través de varios viajes secretos realizados a Rusia por el Gran Duque de Hesse (Ernesto-Luis de Hesse, hermano de la zarina Alejandra). Para el Kaiser era importantísimo finalizar la guerra en el frente ruso para enviar las tropas allí estacionadas al frente occidental. Como Lenin había jurado terminar la guerra si tomaba el poder y sumir a Rusia en la lucha de clases, tanto el propio Kaiser como el general Erich von Ludendorff, Jefe del Alto Estado Mayor alemán, llegaron a la conclusión de que había que facilitar cuanto antes el regreso de Lenin, pues tomara o no el poder, provocaría sin duda el caos general y debilitaría aún más al Ejército ruso, lo que forzaría al Gobierno a firmar unas duras condiciones de paz. Las autoridades alemanas concedieron a este asunto un gran interés, dándole categoría de «cuestión de Estado»<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> El propio Kaiser, tras su abdicación en 1918, reconocería su gran error al permitir el viaje de Lenin por Alemania, aunque intentó disculparse aduciendo no haber estado informado de la orientación política del líder bolchevique. Pero, en cualquier caso, no sólo le facilitará el viaje de regreso a Rusia, sino que también le subvencionará para que triunfe y se firme la paz. Dichas subvenciones para la organización del viaje, supondrá un affaire mucho más turbio que el promovido por Martov con la malversación de fondos procedentes de la herencia de una dama romántico-revolucionaria. La primera suma ascendió a doscientos cincuenta mil marcos, entregados al estoniano Keskula, y que no fueron gastados en el viaje, servirán en Rusia para imprimir propaganda bolchevique. Sin embargo, las sumas seguirán creciendo escandalosamente y, en julio, un ministro de Kerenski, Pereversev, publicará un comunicado que termina diciendo: «*Gruesas sumas de dinero han sido enviadas desde Berlín a Lenin, por mediación de los bancos escandinavos. Mi ministerio posee documentos relativos a la transferencia de una de esas sumas por valor de novecientos treinta mil rublos*».

A mediados de marzo se creó el llamado «Comité de retorno», un comité especial integrado por representantes de todos los partidos a fin de acelerar el regreso a Rusia en todo lo posible. El día 19 se celebró en Zurich la primera sesión, a la que asistieron: Martov, como representante de los mencheviques; un social-revolucionario; un bundista; y Zinoviev, pues Lenin no quiso estar presente en representación de los bolcheviques. Martov fue el primero en proponer el negociar con los alemanes que se les permitiera atravesar Alemania en tren, a cambio de ser canjeados por un número similar de prisioneros austriacos y alemanes. Se convino que dicho proyecto era el más idóneo y se decidió rogar a Robert Grimm, socialdemócrata suizo y consejero federal, que entrara en negociaciones a través de la embajada alemana en Berna.

Lenin aprobó el plan de Martov y el día 21 escribió a Karpinski: *«El plan de Martov es bueno, pero no podemos hacerlo directamente. Sospecharían de nosotros. Es necesario que, al margen de Grimm, varios patriotas rusos y sin partido se dirijan a los ministros suizos y a las demás personas influyentes, para pedirles que hablen del asunto a la Embajada alemana en Berna. Nosotros no podemos participar directa ni indirectamente. Nuestra intervención lo estropearía todo. Pero el plan en sí es muy bueno y muy seguro».*

Lunacharski, en sus *Recuerdos sobre Lenin*, cuenta que asistió personalmente a una de estas asambleas, en las que Grimm había tenido una gran participación garantizando la posibilidad del paso por el territorio alemán. Ante las vacilaciones de los asistentes, Lenin abordó la cuestión muy seguro y tranquilo, y sonriendo irónicamente manifestó: *«Ustedes quieren convencerme de que los obreros no comprenderán mis argumentos acerca de la necesidad de utilizar el camino que sea para*

---

El general Erich von Ludendorff, Jefe del Alto Estado Mayor alemán, en sus *Memorias de guerra* afirma: *«Nuestro Gobierno asumió una tremenda responsabilidad al enviar a Lenin a Rusia, pero desde el punto de vista militar, su repatriación estaba justificada, pues era necesario hacer lo imposible para precipitar la caída de Rusia».*

El general Max Hoffmann, Jefe del Estado Mayor en el frente oriental, fue más explícito en *La guerra de las ocasiones perdidas*, al exponer lo siguiente: *«Naturalmente, lo que intentábamos era incrementar, por medios propagandísticos, la desintegración que la revolución rusa había introducido en sus fuerzas armadas. Uno de nuestros hombres, que mantenía contactos con los revolucionarios rusos exiliados en Suiza, sugirió la idea de utilizar a varios de éstos para acelerar el proceso de socavación e intoxicación de la moral del ejército ruso. La expuso a Erzberger y al delegado del ministro de Asuntos Extranjeros, y de ahí salió el proyecto de transportar a Lenin a Petrogrado a través de Alemania del modo que más adelante se llevó a cabo. Del mismo modo que envío granadas a las trincheras del enemigo o descargo gases venenosos sobre él, tengo derecho de emplear el expediente de propaganda contra las guarniciones».*

*llegar a Rusia y participar en la revolución. Ustedes quieren convencerme de que cualquier calumniador logrará desorientar a los obreros. Pues bien, eso es ridículo».*

La fe que puso Lenin en la unión con la clase obrera tranquilizó a muchos de los exiliados rusos. Todo parecía arreglarse. La embajada alemana en Berna envió urgentemente la propuesta a Berlín y el 25 de marzo, el mismo día en que Vladímir Ilyich Uliánov terminó la cuarta de sus *Cartas desde lejos*, el ministerio de Asuntos Extranjeros alemán recibió un telegrama del Alto Estado Mayor que decía: *«Ningún reparo al tránsito de los rusos revolucionarios si se efectúa en un tren especial con escolta de confianza. La organización puede ultimarse entre representantes del III b (Departamento de Pasaportes Militares) y el Ministro de Asuntos Extranjeros».*

Por el tono del telegrama, parecía que lo único que inquietaba al Alto Estado Mayor alemán era que los revolucionarios pudieran escapar del tren y llevaran la revolución a Alemania. Sin embargo, a última hora, los mencheviques y los socialistas-revolucionarios cambiaron de parecer. El día 28, en la reunión celebrada por el «Comité de regreso», éstos declararon que antes de negociar con Alemania era preciso demostrar la absoluta imposibilidad de viajar a través de los países de la Entente y obtener la aprobación del Gobierno provisional. Lenin, descontento con esta marcha atrás que suponía un nuevo retraso, declaró que estaría dispuesto a esperar sólo unos días, y si las cosas se prolongaban, partiría sólo sin esperar a los demás.

El día 31, Lenin envía un telegrama a Grimm en nombre del Buró extranjero del Comité Central (Zinoviev también firmó el telegrama), en el que le comunica que su partido está dispuesto a viajar por Alemania sin reserva alguna, que ya hay más de diez camaradas inscritos y que organice el viaje cuanto antes; además, le dice que están dispuestos a asumir la responsabilidad, que protestan contra el retraso y que han decidido marchar solos.

Al mismo tiempo, y también en nombre del Buró extranjero bolchevique, envía un duro comunicado al «Comité de regreso» por el que le comunica que todos los miembros de su partido han decidido partir y que invita a todos a que hagan lo mismo.

En cuanto a Grimm, al conocer el comunicado del Buró al «Comité», envió una protesta formal a Lenin comunicándole que se le atribuyó erróneamente un papel activo en este asunto y que nunca recomendó el viajar a través de Alemania. En definitiva, consideraba que sólo era un intermediario para transmitir la proposición oportuna a quien le corresponda, por lo que su misión había terminado.

Lenin no tenía el menor interés en entenderse con Grimm, al que consideraba «falso e hipócrita», y, consciente de que cada día y cada



hora que pasaban eran decisivos, decidió, bajo su responsabilidad, que las negociaciones se reiniciasen a través de Fritz Platten, secretario del Sindicato Obrero suizo, que aceptó entusiasmado<sup>6</sup>.

### *LA PROBABLE REUNIÓN DE LENIN Y SKLARZ EN ZURICH*

La apertura de los archivos alemanes en 1918 demostró dos hechos: que fueron muchísimos los participantes en las negociaciones (aunque años después Grimm y Platten se atribuirían respectivamente el «honor» de haber iniciado estas negociaciones), desde el propio Kaiser hasta un oscuro esbirro del doctor Alexander Helphand, y que dichas negociaciones fueron muy duras y difíciles. Así, mientras Grimm y Platten hacían sus propuestas para dirigir las negociaciones, Bergen, en su despacho del ministerio de la Wilhelmstrasse, esperaba el momento idóneo para lanzar a aquellos revolucionarios sobre Petrogrado como una «bomba». Quizás, de todos cuantos intervinieron, él fue quien llevó la mayor parte de la responsabilidad en el arreglo del viaje<sup>7</sup>.

A falta de informes en la Wilhelmstrasse (desaparecieron en 1918, o nunca se hicieron), se cree que Bergen envió a George Sklarz a Zurich en calidad de emisario. Debió llegar el 27 de marzo y, por entonces, tanto la embajada alemana en Berna como la legación en Zurich, habían recibido órdenes de ayudar a Sklarz en todo lo necesario; luego, se entrevistó con Lenin proponiéndole un plan: Lenin y Zinoviev deberían de viajar disfrazados y sin demora por Alemania, sin informar a las autoridades suizas y con pasaportes del «III b» con nombres falsos, sin publicidad alguna, dándose a conocer al llegar a Petrogrado. Si la entrevista existió, como parece lo más probable, fue un fracaso. Lenin podría admitir la urgencia del viaje, pero no arriesgarse a que los alemanes pudieran asesinarle durante el trayecto,

---

<sup>6</sup> FRIEDRICH (Fritz) Platten. Socialdemócrata de la izquierda suiza. Participó en la Conferencia de Zimmerwald. Secretario del Sindicato Obrero suizo, fue quien llevó a término las negociaciones con los alemanes.

<sup>7</sup> BERGEN, católico fervoroso y educado en colegios de jesuitas, parece que comprendió intuitivamente a los revolucionarios rusos. Una de sus principales funciones en el ministerio de Asuntos Extranjeros era estudiar las posibilidades de corrupción, sabotaje y subversión; y con este fin, se pusieron a su disposición enormes cantidades de dinero. De Lenin y de sus seguidores, lo sabía prácticamente todo.

como tampoco, ser ejecutado por traidor si el Gobierno provisional tuviera conocimiento de estas negociaciones; en cuanto a la publicidad, podría ser útil, siempre que estuviera controlada y dirigida por él mismo. Aquel mismo día, Lenin envía un telegrama a Estocolmo dirigido a su antiguo camarada Ganetsi<sup>8</sup>: «Autorización Berlín inadmisibles para mí. O el Gobierno suizo acepta transporte por ferrocarril hasta Copenhague o llegar acuerdo de canje de todos los émigrés rusos por alemanes internados».

### REINICIO DE LAS NEGOCIACIONES

Tras el fallido encuentro entre Lenin y Sklarz, se reiniciaron las negociaciones en una atmósfera de creciente tensión. El propio ministro alemán en Berna escribió alarmado a la Wilhelmstrasse afirmando no haber tenido ningún contacto con representantes revolucionarios; sin embargo, el 3 de abril, Fritz Platten fue a verle para exponerle las condiciones de Lenin, quien como si previese su futura autoridad, no suplía, sino que imponía sus propias condiciones:

- 1.<sup>a</sup>) Platten conduciría, bajo su entera responsabilidad y por su cuenta y riesgo, el vagón de aquellos emigrados que quisieran regresar a Rusia en tren a través de Alemania.
- 2.<sup>a</sup>) Sólo Platten estaría en contacto con las autoridades alemanas. Nadie podría entrar en el vagón sin su autorización.
- 3.<sup>a</sup>) Se reconocería al vagón el derecho de extraterritorialidad.
- 4.<sup>a</sup>) No podría ejercerse ningún control de pasaporte o de personas al entrar ni al salir de Alemania.
- 5.<sup>a</sup>) Platten se encargaría de comprar los billetes a la tarifa normal.
- 6.<sup>a</sup>) Nadie podría salir del vagón ni por su propia iniciativa ni por una orden.
- 7.<sup>a</sup>) La autorización del viaje sólo se concedería sobre la base de un canje con alemanes prisioneros en Rusia.

---

<sup>8</sup> La referencia «autorización Berlín», refleja que muy probablemente existió la fallida entrevista entre Sklarz y Lenin; aunque, por supuesto, no dispongamos de informes que lo pruebe y siga siendo uno de los misterios de las negociaciones con los alemanes. Por otra parte, las palabras «hasta Copenhague» fueron añadidas por Nadiezhda Krúspkaia. Este telegrama de Lenin a Ganetsi fue redactado en el reverso de una carta que escribió a Karpinski, ordenando a éste que lo enviara desde la oficina de telégrafos de Berna.



Vladimír Ilich Uliánov, Lenin

- 8.<sup>a</sup>) Los viajeros se comprometerían a actuar ante la clase obrera rusa para que el artículo 7 sea realizado.
- 9.<sup>a</sup>) El viaje debería de hacerse lo antes posible.

De hecho, los puntos claves eran el 3.<sup>o</sup> y el 4.<sup>o</sup>. Lenin quería dejar claro que no viajaba bajo la protección de Alemania, sino en un tren teóricamente «no alemán». Al mismo tiempo, a los alemanes les convenía que los revolucionarios no tuvieran contacto con soldados o civiles alemanes para evitar cualquier posible contagio de sus ideas antibelicistas.

El ministro Romberg cursó las propuestas de Lenin, que fueron aprobadas por las autoridades alemanas, incluso por el general von Ludendorff. En algunos detalles se pretendió hacer alguna modificación, pues Lenin muy astutamente había redactado el protocolo de forma tan ambigua, que se prestaba a que en el tren pudieran viajar, sin fiscalización alguna, no sólo rusos, sino incluso también un desertor del ejército austrohúngaro como lo era Karl Radek. No obstante, al igual que Lenin, el Gobierno de Berlín tenía prisa. Precisamente el 5 de abril, los Estados Unidos declaran la guerra a Alemania.

Así, por fin, el día 6 de abril al mediodía, Fritz Platten recibió la memorable comunicación del ministro alemán en Berna: «*Asunto resuelto favorablemente*», junto con la instrucción de que todos los viajeros deberían firmar una declaración testificando estar enterados de las condiciones en que viajarían. Por su parte, Lenin, ante la desaprobación del «Comité de regreso» y las amenazas de ser juzgados por el Gobierno provisional, vertidas en el *Petit Parisien* (periódico de la emigración rusa en París), con su peculiar forma de ser legalista —cuando le convenía—, pidió a Platten que expusiera al ministro alemán la necesidad de que los dirigentes socialistas de Suiza, Alemania y especialmente Francia, firmaran un documento a modo de «certificado» como aprobación del viaje. Firmaron: el polaco Bronski, el socialista alemán kienthaliano Paul Levi, y los socialistas franceses Guilbeaux y Lorient.<sup>9</sup> El texto era el siguiente:

---

<sup>9</sup> Guilbeaux recibió un telegrama de Lenin invitándole a él y a Romain Rolland para que fuesen a Suiza con los gastos pagados para firmar el documento. Guilbeaux fue al hotel Beauséjour para convencer a Romain Rolland y, como no lo logró, recurrió al maestro Lorient, que había reemplazado a Merrheim como secretario del Comité para la reanudación de las relaciones internacionales y que se hallaba en Suiza.

En la Casa del Pueblo (Volkshaus) de Zurich, se reunieron: Lenin, Levi, Inès Armand, Radek, Zinoviev, Lorient y Guilbeaux. Este último firmó de inmediato, pero Lorient propuso que a la frase «*que los internacionalistas rusos no han cesado de luchar con todas sus energías contra el imperialismo alemán*», se agregara «*contra todos los imperialismos, y, en particular, contra el imperialismo alemán*». Dicha propuesta fue aprobada unánimemente en el acto.

*Los abajo firmantes, conociendo los impedimentos puestos por los gobiernos de la Entente a la partida de los internacionalistas rusos y las condiciones aceptadas por el Gobierno alemán para su paso por Alemania, y dándose perfecta cuenta de que el Gobierno alemán sólo dejará pasar a los internacionalistas rusos con la esperanza de forzar con ello, en Rusia, las tendencias contra la guerra, declaran: que los internacionalistas rusos, que durante toda la guerra no han cesado de luchar con todas sus energías contra el imperialismo alemán, no quieren volver a Rusia sino para trabajar para la revolución, que con esa acción ayudarán al proletariado de todos los países, particularmente a los de Alemania y Austria, a empezar su lucha revolucionaria contra sus gobiernos.*

*Por todas estas razones, los abajo firmantes estiman que sus camaradas rusos no sólo tienen el derecho, sino también el deber de aprovechar la posibilidad de volver a Rusia que se les ofrece».*

### LA EXTRAÑA LISTA DE VIAJEROS EXILIADOS DEL «VAGÓN PRECINTADO»

El día 6 de abril, el mismo día que Platten recibió la conformidad del Gobierno alemán a través de su ministro en Berna, Lenin decidió partir en el primer tren, que precisamente salía dos horas después de recibir la noticia. Krúpskaia dice en sus «memorias» que trató en vano de convencer a su marido para que retrasase algo la partida, o bien, que fuese él primero, ya que antes era necesario pagar el alquiler del alojamiento, devolver los libros de la biblioteca y liquidar todos los enseres. Lo hicieron todo con gran rapidez y salieron de la casa con algo de ropa y lo más necesario; pero, todo fue en vano por un retraso imprevisto.

La partida tuvo lugar el día 9 de abril (27 de marzo en el antiguo calendario ruso). Todos los exiliados que viajarían en el tren, además de algunos amigos, se reunieron en el hotel Zähringen Hof para almorzar y salir de allí a las 2,30 hacia la estación de Zurich, puesto que el tren partiría a las 3,10 de la tarde. Fritz Platten tenía el documento que le había dado el ministro alemán y que los viajeros deberían firmar. El texto, en alemán, decía textualmente:

Ich bestätige,

- 1) dass die eingegangenen Bedingungen, die von Platten mit der deutschen Gesandtschaft getroffen wurden, mir bekannt gemacht worden sind;
- 2) dass ich mich den Anordnungen des Leitenden der Platten unterwerfe;
- 3) dass mir eine Mitteilung des "Petit Parisien" bekanntgegeben worden ist, wosich die russische provisorische Regierung die durch Deutschland Reisenden als Hochverräter zu behandeln drohe;
- 4) dass ich die ganze politische Verantwortlichkeit für diese Reise ausschliesslich auf mich nehme;
- 5) dass mir von Platten die Reise nur bis Stockholm garantiert worden ist.

Bern - Zürich, 9. April 1917.

1. Lenin. ✓
2. Frau Lenin ✓
3. Georg Sefaroff ✓
4. Valentin Sefaroff - dort. Tochter ✓
5. Gregor Kasjovitch ✓
6. Helen Kon ✓
7. René Armand ✓
8. Nikolai Gorkov. ✓
9. Arshelsky ✓
10. A. Konstantinowitsch ✓
11. Mirinkhoff ✓
12. Mirinkhoff ✓
13. Snowin ✓
14. ZINOWI ✓
15. Patomyskete (und Sohn) ✓
16. D. Slessareff ✓
17. D. Elchaninoff ✓
9. Brillant ✓
13. M. Kacemisch ✓
14. D. Prozenblum ✓
14. A. Abramowitz ✓
14. S. Schimmsch ✓
14. M. Khar. ✓
14. Jetermann ✓
15. A. Linde ✓
11. Eisenhut ✓
- Prigorskeso ✓
- Soulschvili ✓
16. Ravitsch ✓
- Chantoff ✓

Hago constar:

- 1) Que me han dado a conocer las condiciones del acuerdo en las negociaciones entre Platten y la legación alemana.
- 2) Que obedeceré las órdenes del guía, Platten.
- 3) Que he tenido conocimiento de un comunicado aparecido en *Petit Parisien*, donde se asegura que el Gobierno provisional ruso amenaza con juzgar y acusar de alta traición a los que viajan a través de Alemania.
- 4) Que Platten me garantiza sólo el viaje hasta Estocolmo.

Berna-Zurich, 9 de abril de 1917

A continuación de esta declaración, había un espacio en blanco para que se hiciese la relación de los viajeros y sus firmas. Dicha relación fue anotada con caligrafía alemana del siguiente modo:

- |                                    |                     |
|------------------------------------|---------------------|
| 1. Lenin                           | 12. B. Eltchaninoff |
| 2. Frau Lenin                      | G. Brillant         |
| 3. Georg Safaroff                  | 13. M. Kharitonov   |
| 4. Valentina Safaroff-Mostitchkine | D. Rosenblum        |
| 5. Georg Ussijevitch               | 14. A. Abramovitch  |
| 6. Helene Kon                      | S. Sheinessohn      |
| 7. Inès Armand                     | Tskhakaya           |
| Nikolai Boitzow                    | 15. M. Aisenbud     |
| F. Grebelski                       | Pripevsky           |
| 8. A. Konstantinowitsch            | Soulechvili         |
| E. Mirinhoff                       | 16. Ravitsch        |
| M. Mirinhoff                       |                     |
| 9. A. Skowno                       |                     |
| 10. G. Zinoviev                    |                     |
| 11. Z. Radomyslski (e hijo)        | Charitonoff         |
| D. D. Slussareff                   |                     |

Esta lista de pasajeros tiene un gran interés histórico y merece ser analizada, ya que aunque se ha escrito muchísimo sobre este viaje tan cargado de misterios, generalmente se ha hecho de forma errónea. Por supuesto, se trata de un documento auténtico que luego sería publicado por Platten en facsímil. A pesar de su autenticidad, salvo excepciones, los nombres no aparecen firmados.

Podemos comprobar que la mayor parte de la columna izquierda es letra de Zinoviev, con sus característicos adornos y espacios; él escribía «ff» de ese modo y, con toda seguridad, todas las mayúsculas son suyas.

Tan sólo, hizo un intento superficial de escribir los nombres como si se tratase de firmas.

También podemos observar que la mayoría de los nombres son perfectamente identificables: el viejo estibador Safarov, Abraham Skovno, David Souliachvili, Helen Kon, etc. Brillant era el nombre verdadero de Sokolnikov. Z. Radomyslski es Zena Radomílskaia, mujer de Zinoviev. Tampoco Ravitsch ofrece problemas, se trata de Olga Ravich, mujer muy exuberante que durante la guerra demostró ser una militante muy activa y entusiasta. En cuanto a Charitonoff, aislado al pie de página, se trata de la transcripción latina tomada del alfabeto ruso.

Podemos distinguir en esta relación a dos bundistas: D. Rosenblum y M. Aisenbund; los demás, son bolcheviques. Zinoviev, Sokolnikov, Safarov y Slussarev, alcanzarían altos cargos; otros, como Nikolái Boitsov (que prestó servicio en el Departamento Central de Educación Política), tuvieron un papel secundario; algunos, como Gregori Ussievich (que tuvo gran protagonismo en la insurrección posterior de Moscú), resultaron muertos en la guerra civil rusa; y otros, desaparecerían en la oscuridad.

Casi al final de la lista y con caligrafía incierta, aparece un nombre extrañísimo: Pripevski. No se tiene conocimiento de ningún revolucionario ruso que se llamase así, y, por otra parte, tampoco aparece en ninguno de los catálogos de seudónimos bolcheviques que se han publicado. ¿Quién era Pripevski? Nadie lo sabe; sin embargo, Robert Payne parece tener razón al afirmar que la clave está en las «memorias» de Nadiezhda Krúpskaia, quien al dar la lista de sus veintitrés compañeros de viaje, añade la útil información de que Karl Radek iba también bajo un supuesto nombre ruso. Ahora bien, «pripev» en ruso significa «estribillo» de una canción, y puesto que el húngaro cantaba muy bien y además era muy locuaz, cabe la posibilidad de que fuera el propio Lenin quien le puso este seudónimo en un momento de buen humor<sup>10</sup>, aunque el propio Radek se hacía llamar por un seudónimo que resultaba muy serio: «Parabellum».

Otro aspecto curioso es que si bien puede afirmarse categóricamente que la mayoría de los nombres fueron anotados por Zinoviev, los números

<sup>10</sup> Lenin quería tener a Karl Radek a su lado. Reconocía que era un valioso camarada, pues siempre estaba dispuesto a aceptar cualquier tarea; pero su cinismo le asqueaba. A fines de 1916, Lenin se enteró de que Radek, a sus espaldas, había logrado desplazarle de una revista que publicaban unos internacionalistas holandeses. Muy disgustado con Radek, le escribió por entonces a Inès Armand en estos términos: «A individuos así, se les parte la cara o se les da de lado». Lenin hizo lo segundo, aunque dos meses después, volverían a ser muy buenos amigos.



y las pequeñas tachaduras debieron ser obra de Lenin, ya que es algo muy característico de su estilo. Nadie ha aclarado lo que significan; quizás, estos números correspondan a un plan de colocación de los pasajeros en el vagón y que luego fue desechado.

La lista tiene todo el aspecto de haber sido hecha precipitadamente, mientras los exiliados estaban reunidos en el hotel para almorzar. Sin embargo, conviene resaltar que aun hoy en día el número de los pasajeros sigue siendo un enigma que muy difícilmente podrá resolverse. Cuando Lenin llegó a Rusia, el 16 de abril (3 de abril en el antiguo calendario ruso), creyó necesario explicar los motivos que le llevaron a viajar por Alemania en el «vagón precintado». En esa breve referencia que apareció en *Pravda*, afirmó que en el vagón iban treinta y dos exiliados políticos: diecinueve bolcheviques, seis bundistas y otros tres pertenecientes al diario menchevique *Nashe Slovo*, que se publicaba en París; en cuanto a los cuatro restantes, serían niños, pues Mikha Tskhaia recordaba que había unos niños en el vagón. Dichas cifras dadas por Lenin a su regreso son falsas, ya que en la relación de pasajeros que hemos comentado, pueden identificarse al menos a veintidós bolcheviques en activo; lo cual, nos hace suponer que debió de haber reducido el número de los bolcheviques y aumentado el de los no bolcheviques para ocultar la realidad: la mayoría de los viajeros eran agentes escondidos por él y los no bolcheviques debieron de ser dos o tres.

Mikha Tskhaia en sus *Recuerdos* afirma que los viajeros fueron treinta y seis. El ministro alemán en Copenhague, Brockdorff-Rehtzau, en su despacho telegráfico a la Wilhelmstrasse, notificó la llegada de treinta y tres exiliados a Malmö. Nadiezhda Krúpskaia, la mujer de Lenin, anota los siguientes: Lenin, ella misma, los Zinovievs, los Ussieviches, Inès Armand, los Safarov, Olga Ravich, Abramovich (de Le Chaux-de-Fonds), Grebelski, Jaritonov, Linde, Rosenblum, Boitsov, Mikha Tskhaia, los Marienhoff, Sokolnikov, Radek (bajo un seudónimo ruso), Robert (hijo de una mujer bundista) y Fritz Platten. Finalmente, David Shub, uno de los mejores biógrafos de Lenin, dice: «*En el grupo figuraban unos 20 no bolcheviques. Lenin insistió en que viajaran con él a fin de contraponer la impresión desfavorable producida por su viaje bajo los auspicios alemanes*»; sin embargo, conviene señalar que no se ha encontrado ningún documento que pruebe tal afirmación, como tampoco creemos que Shub pudiera haberlo probado.

En definitiva, el número real de los exiliados que viajaron en el tren sigue siendo uno de los enigmas del viaje, así como también el porcentaje de su composición de acuerdo con tal afiliación política.

### LA DESPEDIDA

Después del almuerzo, Lenin quiso expresar su agradecimiento y el de sus camaradas a un reducido grupo de obreros socialdemócratas suizos que habían acudido a despedirle. Con este motivo, les leyó una extensa carta que redactó el día anterior anunciando las finalidades de su partido y repitiendo una vez más lo que había dicho ya tantas veces, pero dando ahora una mayor urgencia ante los sucesos que estaban ocurriendo en Rusia. Lo más importante del escrito se halla en los dos párrafos centrales, donde anuncia que la revolución proletaria rusa es el heraldo de la revolución de amplitud mundial que se prepara:

*«Al proletariado ruso le ha correspondido el gran honor de comenzar la serie de revoluciones que han sido originadas con objetiva inevitabilidad por la guerra imperialista. Pero la idea de que el proletariado ruso es el proletariado elegido entre los demás países es completamente ajena a nosotros. Sabemos demasiado bien que el proletariado ruso está menos organizado, menos preparado y tiene menos conciencia de clase que el proletariado de otros países. No tiene facultades especiales, sino que más bien ha sido la particular coincidencia de circunstancias históricas las que han hecho que el proletariado ruso, por un definido y acaso muy breve período sea la vanguardia de la revolución proletaria de todo el mundo.*

*Rusia es un país campesino y uno de los más atrasados de Europa. El socialismo no puede triunfar allí inmediatamente. Pero el carácter campesino del país, con su tremenda extensión de tierra laborable, puede muy bien, si juzgamos por la experiencia de 1905, dar tremendo alcance a la revolución democrática burguesa en Rusia y hacer de nuestra revolución el prólogo de la revolución socialista mundial, acercándola un poco más».*

En realidad esta carta de despedida a los obreros suizos fue elaborada del modo más formulario, pues iba dirigida al mundo entero. Después de su lectura en la mesa, Fritz Platten hizo entrega a Lenin de tres mil francos suizos procedentes de las cooperativas, explicándole que deberían de emplearse para los gastos del viaje. Como Lenin ya había recaudado otros mil, creyó que con estos cuatro mil francos tendría lo suficiente para poder afrontar cualquier imprevisto en un largo viaje a Petrogrado.

Luego, ocurrió un suceso muy desagradable para todos. El Dr. Oscar Blum, conocido miembro del Partido Obrero suizo, solicitó ir también a Petrogrado. Lenin se opuso, pues sospechaba que se trataba de un espía político. Lo cierto es que Blum no gozaba de muchas simpatías entre los exiliados rusos de Berna y Zurich, ya que, con razón o sin ella, se pensaba que había tenido relaciones con la Okhrana, la policía zarista. Finalmente, Lenin propuso resolver la cuestión mediante votación — algo precisamente poco corriente en él—, resultando once votos a favor y catorce en contra. En consecuencia, no se le permitió ir en el viaje.

A las 2,30 todos se levantaron de la mesa y marcharon hacia la estación en compañía de algunos amigos. Daba la impresión de que iban a una comida campestre con: cestos, fardos, bolsas, improvisados paquetes atados de cualquier forma, carteras, almohadas, mantas sujetas con correas y escasísimas maletas. En cuanto a Lenin, llevaba un viejo y pequeño sombrero redondo, un amplio abrigo que usaba durante todo el año y unas enormes botas claveteadas que le hizo el zapatero Krammerer para sus excursiones alpestres y que Radek llamaba «*el terror del empedrado de Zurich*».

Fritz Platten había arreglado el suministro de los víveres para un viaje de diez días, pero ya había sido enviado a la estación. Pensaba que los exiliados rusos no tendrían problemas en la estación a pesar de que aquel viaje había escandalizado a los mencheviques y a los social-revolucionarios; por ello, no fueron tomadas medidas de seguridad. Al llegar a la estación, vieron un grupo de unos cincuenta emigrantes rusos con aire sombrío y agitando banderolas para protestar por el viaje. Luego, estos agitadores irrumpieron en el andén profiriendo insultos y amenazas. Los bolcheviques se pusieron a cantar «La Internacional» con todas sus fuerzas; pero eran demasiados los gritos de «¡espías alemanes!» y de «¡El Kaiser os paga el viaje!», pues ya por entonces circulaba la noticia de que Lenin era un «*espía a sueldo de los alemanes*»<sup>11</sup>. Lenin tuvo que abrirse paso defendiéndose con un paraguas; y Fritz Platten, de corta estatura y muy delgado, tuvo que luchar con un hombre muy corpulento que le sacaba medio cuerpo, pero logró deslizarse hábilmente hasta el tren sin graves daños.

Por otra parte, también había un pequeño grupo de personas que fueron a la estación para despedir a los viajeros revolucionarios y lo hicieron con gran corrección. Entre ellos, Siegfried Bloch, socialista suizo, quien al estrechar su mano a la de Lenin, le dijo: «*Espero verte pronto de nuevo entre nosotros, camarada*»; a lo que Lenin le respondió

---

<sup>11</sup> Aunque los mencheviques y los social-revolucionarios estaban escandalizados por el viaje en tren a través de Alemania, ellos mismos lo repetirían un mes después.

sonriendo: *«De volver yo pronto, no sería eso un buen síntoma para la revolución».*

El líder bolchevique se instaló con su mujer en un compartimento de segunda y estaba a punto de sacar su bloc de notas cuando alguien le informó de que el Dr. Blum acababa de sentarse en el mismo vagón haciendo caso omiso de la votación del hotel. Lenin se encolerizó, se puso de pie en un salto y echó del tren al Dr. Blum con muy malos modales. En el último momento, Riazanov, íntimo amigo de Trotski, llegó corriendo al andén y al ver a Zinoviev asomado a la ventanilla, le gritó: *«¡Lenin ha perdido la cabeza! ¡Pero usted es más sensato! ¡Dígale que suspenda este viaje tan disparatado por Alemania!».*

Al final, no hubo ningún representante del Partido Obrero suizo, ya que finalmente sus dirigentes se declararon en contra de este viaje. Tampoco hubo discursos, ni reporteros, ni fotos para la posteridad. A pesar de estos incidentes, el tren partió sin retraso a las 3,10 de la tarde.

### EL VIAJE EN EL «VAGÓN PRECINTADO»

En el tren iba un agregado de la embajada alemana en Berna, llamado Schuffhausen, con la misión de acompañar a los viajeros hasta la frontera alemana. Poco después de la partida, el ministro alemán en Berna envió un telegrama al ministerio de la Wilhelmstrasse notificando que los exiliados rusos no habían solicitado permiso alguno para viajar por Suecia: *«Por consiguiente, confían plenamente en nuestra forma de actuar».* Este telegrama significaba que Alemania iba a solicitar al Gobierno sueco que permitiera el paso a estos viajeros por su país hasta Finlandia. En la mañana del día 12 de abril, durante el desayuno, el kaiser Guillermo II sugirió, con su peculiar forma de actuar, que si los suecos se negaban a cooperar, resultaría muy sencillo enviar a éstos y a todos los exiliados rusos existentes en Suiza a través de las líneas alemanas. Y de modo aún más característico, también sugirió que los viajeros rusos deberían de ser obsequiados con su propia salutación de Pascuas al pueblo alemán, con el último discurso del Canciller, y con una colección de Libros Blancos, *«para que así estuvieran en condiciones de ilustrar a otros de su propio país».* Sin embargo, ambas sugerencias del Kaiser no se llevaron a la práctica.

El viaje fue largo y extraño, y aunque Nadiezhda Krúpskaia lo haya descrito como sin incidentes, ocurrieron contratiempos y situaciones

bastantes singulares. Cabe señalar que, a pesar de que los gobiernos de Berna y Berlín participaban en la organización del viaje en tren, eran conscientes de que las consecuencias podrían ser imprevisibles y aun muy peligrosas. Así, durante todo el primer día, numerosos telegramas oficiales circularon por toda Europa referentes al destino de aquellos extraños y peligrosos viajeros. Y al día siguiente, 10 de abril, el ministro alemán en Berna envió un telegrama al ministerio de Asuntos Extranjeros notificando que se habían hecho todos los preparativos, pero que era necesario que los viajeros rusos no tuvieran contacto alguno con alemanes durante el trayecto; de otro modo, podrían ser considerados como traidores por el Gobierno provisional ruso. Además, instaba a que la prensa alemana no hablara del asunto, «*a menos que fuera conocido en el extranjero*», y que era preciso guardar silencio sobre la participación suiza, pues, sin duda, la Entente miraría de modo desfavorable una maniobra que implicaba un acuerdo de colaboración estrecha entre los gobiernos de Suiza y Alemania.

Cuando el tren llegó a Hotmendingen, en la frontera alemana, funcionarios de aduanas se incautaron de la mayor parte de las provisiones suministradas por Platten, sobre todo, del chocolate y el azúcar. No hubo explicaciones. Los exiliados rusos fueron llevados al cobertizo de la aduana en dos grupos: por un lado los hombres, y las mujeres y los niños por otro. Permanecieron allí durante media hora de gran tensión e incluso miedo. Durante la espera, todos creyeron que iban a ser detenidos, y Radek pensó que sería allí mismo fusilado por desertor. Esperando que Lenin sería el primer detenido, un grupo de camaradas le rodearon y permaneció silencioso y oculto apoyado contra la pared. ¿Qué ocurrió?, pues un problema burocrático: Schuffhausen y Berlín habían intercambiado telegramas, pero los de Berlín no llegaron a tiempo. Resuelto el problema, todos los viajeros fueron conducidos a un tren alemán y alojados en un vagón mixto de segunda y tercera clase, que habría de pasar a la Historia bajo el nombre de «el vagón precintado». En el suelo, una raya trazada con yeso delimitaba la zona correspondiente a los compartimentos ocupados por los rusos del compartimento ocupado por dos oficiales alemanes de máxima confianza y que habían recibido la orden de custodiar aquel transporte de «explosivos humanos» hasta el final del trayecto. Se decidió que las mujeres y los niños ocupasen los compartimentos de segunda, quedando los de tercera para los hombres. Una vez que se situaron en sus compartimentos, se dio al tren la señal de partida.

Se había convenido que Lenin y su mujer tuvieran su propio compartimento, para que así Lenin pudiera trabajar durante el viaje. Aunque al principio puso algunos reparos, luego aceptó, sacó su bloc de notas,



Lenin aclamado en la estación de Petrogrado

su carpeta y sus cuadernos, y se puso a escribir. En el compartimento inmediato viajaban: Safarov, a quien se le permitió viajar con su mujer, Inès Armand, Olga Ravich y Radek, que se introdujo en el compartimento sin dar explicaciones.

Karl Radek era un compañero divertido y con dotes prodigiosas para la conversación frívola. Con sus patillas, el pelo rizado y las gafas de armazón de concha, parecía un pope, y sus manos nerviosas y finas estaban continuamente haciendo ademanes. El primer pequeño incidente lo protagonizaron Radek y Olga Ravich, quien al reír con tal fuerza los chistes de éste, irritó a Lenin. El líder bolchevique, quien jamás le fue posible trabajar con ruido, decidió poner fin a estas risotadas. Entró en el compartimento, agarró a Olga por el brazo y, sin decir palabra, la llevó a otro compartimento. Durante el resto del viaje, Radek habló en voz baja.

El segundo incidente lo originaron los fumadores. Los bolcheviques, por lo general, fumaban constantemente y Lenin se asfixiaba por el humo del tabaco. Había dejado de fumar en su juventud de forma radical, al darse cuenta de que fumar agravaba la economía familiar. Cuando la atmósfera del vagón se hizo para él irrespirable por la densa humedad de los cigarrillos decidió poner fin a esta situación. Convocó una reunión general y ordenó, de forma terminante, que sólo podría fumarse en el lavabo. Hubo una breve discusión sobre la legalidad de esta medida autoritaria, e incluso, hubo quien sugirió que era una lástima la ausencia de Nikolái Bujarin, con su imperioso sentido de lo permisible y lo impermisible. Ante la consiguiente avalancha de fumadores, muy pronto se hizo necesario el organizar un sistema de volantes que autorizaban al portador a ir al lavabo, y, por supuesto, dichos volantes los firmaba el propio Lenin. La orden del líder bolchevique prevaleció sobre las débiles protestas de sus seguidores, y, en aquel entonces, nadie sospechó que aquellos volantes para ir al lavabo eran ya una clara advertencia del nuevo sistema que se implantaría en Rusia con el triunfo de la revolución bolchevique. En definitiva, esta anécdota resultaba bastante ilustrativa del conflicto entre la libertad individual y la necesidad colectiva que poco después tendría lugar en la Rusia revolucionaria.

Mientras Vladímir Uliánov escribía, su mujer miraba por la ventanilla. Al llegar a los pueblos y ciudades alemanas, quedaban extrañados de ver sólo a ancianos y mujeres. Toda la juventud alemana había desaparecido. Para impresionar a aquellos exiliados rusos, los alemanes les dieron excelentes comidas; sin embargo, aunque no hubo ningún contacto con la población, bastaba tan sólo con mirar por la ventanilla para darse cuenta de la penuria en que vivía la población civil por los estragos de la guerra. Cabe señalar que los alemanes mantuvieron lo tratado en las negociaciones con Fritz Platten; los rusos estaban efectivamente aislados

de los alemanes en el «vagón precintado» y éstos pudieron luego alardear de no haber cruzado una sola palabra de conversación con ellos. Únicamente Platten hablaba con los alemanes y se le permitía bajar del tren para comprar periódicos para los rusos, y cerveza, que tanto a Lenin como a Zinoviev les encantaba.

El viaje a través de Alemania fue lento y con numerosas e inexplicables paradas y maniobras. En Karlsruhe, el tren tuvo una nueva y prolongada demora. Platten informó a Lenin que el Dr. Janson, un importante dirigente del sindicato obrero alemán, viajaba en el tren y le había manifestado su deseo de saludarle. Se trataba de un «krautskista» notorio. Al oír su nombre, Lenin se enfureció y lo «mandó al diablo» (o más exactamente, y para emplear sus propias palabras, «a la abuela del diablo»). Fritz Platten se disculpó ante Janson con muy buenas palabras, explicándole que no podría complacer su deseo debido a que suponía un incumplimiento de las negociaciones con los alemanes.

En Francfort, el viaje sufrió una nueva demora y se comunicó a los viajeros que se había perdido un enlace. Allí, en la estación, ocurrió un incidente que pudo traer muy graves consecuencias y que estuvo a punto de estropearlo todo. Platten estaba citado con una «amiga» que había ido a esperarle a la estación. Después de comprar periódicos y cerveza, y deseoso de no perder momentos tan agradables, dio una propina a dos soldados alemanes que paseaban por el andén para que introdujeran las compras en el «vagón precintado». Los dos oficiales de escolta también habían salido a dar un corto paseo por la estación. Cuando los soldados subieron al tren, se encontraron con Karl Radek, quien cometió la estupidez de aprovechar la ocasión para saludarlos con un vehemente llamamiento a la revolución socialista en Alemania, diciéndoles además que era preciso decapitar cuanto antes al Kaiser. En medio de su discurso, regresaron los dos oficiales alemanes de escolta y estos dos soldados huyeron aterrados dejando en el suelo las compras de Platten. Por su parte, Radek se dirigió apresuradamente a su compartimento, situado en el otro extremo del vagón. No era para menos, pues su situación en el tren era totalmente ilegal, ya que era ciudadano austriaco y además desertor, y se había hecho pasar por ruso para poder acompañar a Lenin en este viaje a Petrogrado. Luego, no se habló más de aquello y el asunto quedó zanjado<sup>12</sup>.

En Berlín, los exiliados rusos fueron conducidos a un apartadero, donde tuvieron que afrontar una nueva y prolongada espera. Allí vivieron

---

<sup>12</sup> Lenin no tuvo ningún escrúpulo en engañar a los alemanes y violar así una de las cláusulas del acuerdo, que sólo era válido para los emigrados de nacionalidad rusa. En efecto, Radek era súbdito austriaco, y además, desertor.



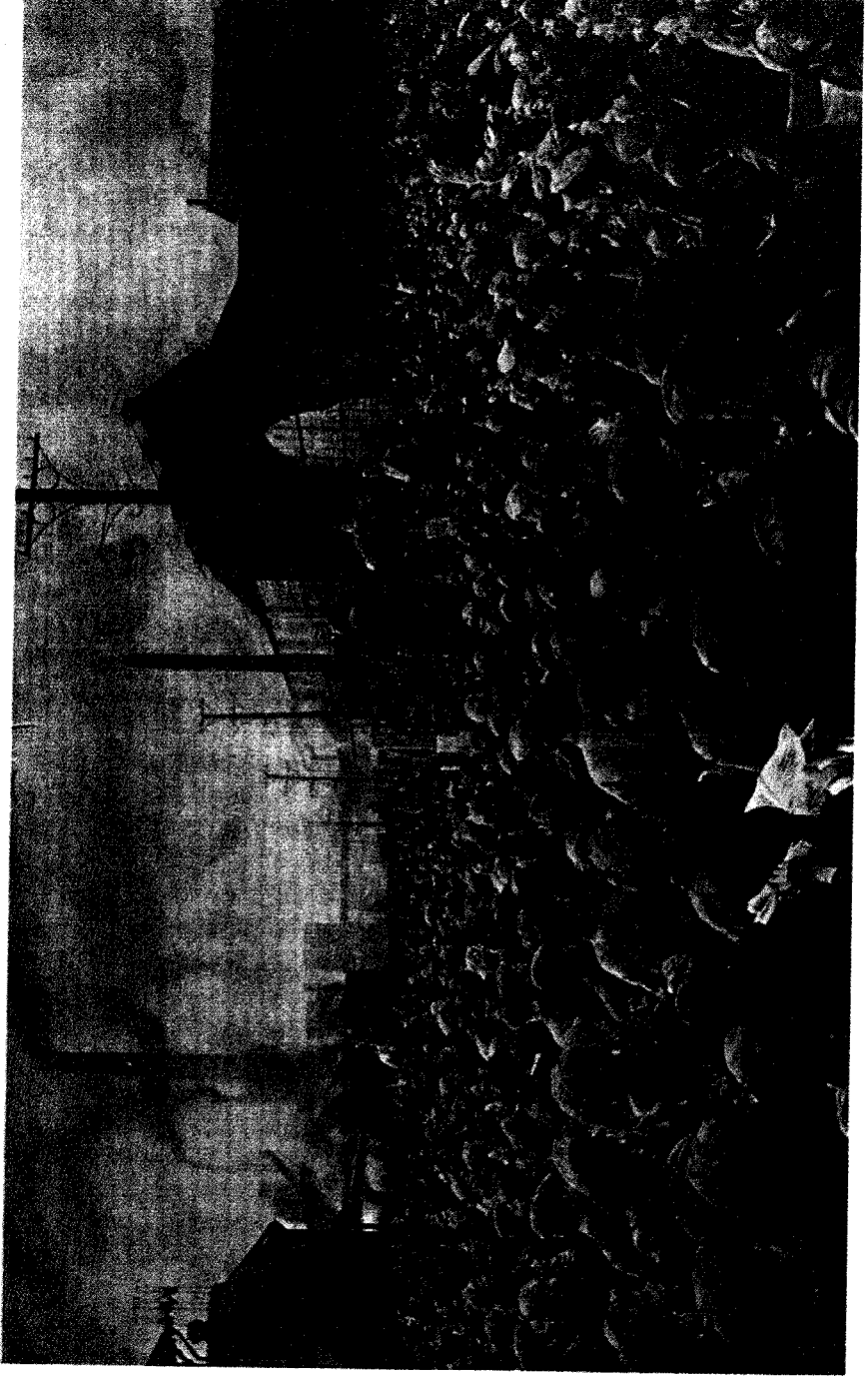
momentos de gran tensión. Primero, un grupo de soldados alemanes irrumpió en la estación al enterarse del paso de los revolucionarios rusos y no se sabe si lo hicieron para establecer contacto con ellos o bien para custodiar el vagón. Luego, hubo un intento de los socialdemócratas alemanes para entenderse con los rusos. Lenin sabía muy bien las sospechas que se atraería si cambiase una sola palabra con algún alemán en su propio suelo, por lo que no permitió contacto alguno.

Cuando se abrieron los archivos del ministerio de Asuntos Extranjeros alemán, pudo verse la causa de aquellas demoras, cada vez más prolongadas. El día 10 de abril, por la tarde, el ministro de la legación alemana en Estocolmo había recibido la autorización del Gobierno sueco para que aquellos exiliados rusos cruzasen el país; sin embargo, en la mañana del día 12, los altos funcionarios de la Wilhelmstrasse seguían esperando la concesión del permiso sueco. Parece evidente que, por un nuevo error burocrático, el telegrama de Estocolmo se traspapeló en el ministerio y no fue hallado hasta última hora de la mañana. Así, al mediodía, el tren pudo continuar su marcha hacia el puerto costero de Sassnitz, a donde llegaron a última hora de la noche. Según un telegrama del ministerio de Asuntos Extranjeros alemán, *«estaba asegurado para ellos un buen acomodo allí, en una sala cerrada con llave»*.

Los alemanes habían prometido a los revolucionarios rusos en las negociaciones con Platten, que no tendrían ningún contacto durante el trayecto del tren; sin embargo, incumplieron sus promesas en dos ocasiones: en Francfort, cuando los dos soldados alemanes se subieron al tren y se encontraron con Radek; y en Berlín, donde permitieron a los socialdemócratas alemanes que subieran igualmente al tren con el fin de averiguar algo más sobre las intenciones de Lenin. Pero, se equivocaron. Lenin se negó a verles y dijo: *«¡al diablo con ellos!»*. Tan sólo, Robert, hijo de una mujer bundista, habló con estos visitantes imprevistos. Fue también en Berlín cuando Lenin se dirigió a los alemanes y les dijo en francés: *«¿Quién es el maquinista del tren?»*. Que se sepa, estas fueron las únicas palabras cambiadas entre rusos y alemanes durante el viaje en el «vagón precintado».

Puede decirse que, en general, los alemanes se comportaron con propiedad. Entregaron provisiones especiales de leche para los niños y estuvieron continuamente pendientes de que aquellos exiliados rusos viajasen con ciertas comodidades. Por otra parte, los dos oficiales que iban de escolta, en ningún momento, pasaron la línea trazada con yeso en el pasillo del vagón, la línea que muy eficazmente señalaba la frontera entre Alemania y Rusia.

En la sala cerrada con llave de la estación de Sassnitz, los exiliados rusos pasaron su última noche en suelo alemán, y, por la mañana,



Lenin dirigiéndose a los obreros de Petrogrado

tomaron el ferry que les llevaría a Suecia. El largo viaje de los rusos en aquel «vagón precintado» del tren alemán de libre circulación había concluido con éxito.

## EPÍLOGO

En Suecia son recibidos con entusiasmo. Hambrientos devoran el desayuno preparado para ellos al estilo del país. Los «smorgas» les saben a gloria. Lenin se provee de otro calzado y algunas prendas de vestir por consejo de Radek, aunque no sin poner antes cierta resistencia por considerarlo un derroche innecesario. Luego, se dirigieron hacia la frontera finlandesa, que ya era territorio ruso. A medida que se acercaban a Rusia, aumentaba el nerviosismo de Lenin y sus camaradas bolcheviques. Al pasar sin problemas los controles aduaneros, exultó de alegría: «¡Nuestras tribulaciones han terminado! ¡Ahora estamos en nuestra tierra y vamos a demostrarles que merecemos ser los dueños del futuro!».

El 16 de abril de 1917 (3 de abril en el antiguo calendario) Lenin regresó a su patria, lo cual fue una verdadera fiesta en la Rusia revolucionaria. Cuando se supo la noticia de su llegada a Petrogrado, el Comité Central del Partido y el Comité de Petrogrado tomaron medidas urgentes para avisar a todos los distritos, empresas, unidades militares de la capital, a Kronstadt y a los arrabales. Era el día de la Pascua rusa. Las empresas no trabajaban, no salían los diarios. En los distritos capitalinos de Víborg, Moscú, Narva, Vasílevski Ostrov, Petrogrado y Lituano (nacional), se celebraron reuniones de los bolcheviques comunicándose la próxima llegada de Lenin. Los bolcheviques del distrito de Víborg recorrieron las calles con pancartas que decían: «¡Hoy llega Lenin!». En Vasílevski Ostrov se pegaron octavillas indicando la hora y el lugar de reunión para dirigirse a la estación de Finlandia. En el distrito de Narva se visitaron los domicilios de los obreros. Los bolcheviques del distrito de Moscú convocaron urgentemente un mitin dedicado a la inminente llegada de Lenin.

Por la tarde, como escribió el periódico bolchevique *Pravda*, acudieron a la estación de Finlandia decenas de miles de personas, fundamentalmente obreros, para recibir a Lenin. La muchedumbre, endominada, se agrupaba en torno a las banderas de las empresas. Kronstadt envió un destacamento para recibir solemnemente al fundador del partido bolchevique. Junto a la milicia obrera y los guardias rojos, también había soldados.

Al frente de la muchedumbre se encontraban delegaciones del Comité Central, del Comité de Petrogrado y de la redacción del *Pravda*.

El tren llegó a la estación a las 23,10, según el horario previsto. Hacía catorce años que Lenin había partido al exilio, que no había visto tierra rusa, ni la bandera de la nación, ni los uniformes de los soldados. Al bajar del tren, se encontró inmerso en una confusión tremenda: la orquesta interpreta «La Internacional», la gente lanza vítores y los soldados le presentan armas. Al pie de la escalera están Kamenev y Stalin, que fueron a recibirle y sonreían de un modo inescrutable; no le contestan o no quieren contestar a sus preguntas.

En la estación le esperaban miembros del Comité Central, del Comité de Petrogrado, dirigentes de las organizaciones distritales de los bolcheviques y una delegación del Soviet de Petrogrado. Chjeídze le presentó un saludo en nombre del Soviet de la capital. La aparición de ese líder menchevique y presidente del mayor Soviet del país, que entonces desempeñaba la función de centro de todos los Soviets de Rusia, era una muestra de que los conciliadores se veían obligados a contemplar la influencia cada vez más creciente del partido más grande del país y no podían rehusar el encuentro con su guía. Chjeídze dirigió a Lenin un breve discurso, en el que dijo que lo principal era defender la democracia conseguida por la Revolución de Febrero y le animó a unirse a la tarea común:

*«Creemos que lo necesario es no destruir, sino cerrar las filas de la democracia. Esperamos que usted se una a nuestros esfuerzos para lograrlo».*

Sin embargo, Lenin fingió no escucharle, dirigiendo su mirada a la sala y a la multitud, que pronto le rodeó y lo llevó en hombros a la plaza. Como se había reunido tanta gente y todos deseaban verle, el automóvil que iba a servir como tribuna fue sustituido por un vehículo blindado. Le subieron a la torreta y los reflectores iluminaron su pálida figura. Entonces, pronunció un discurso muy breve, pero trascendental, dirigido al proletariado revolucionario ruso y al ejército revolucionario, y que constituía un abierto desafío al Gobierno provisional:

*«¡Queridos camaradas, soldados, marinos y obreros! ¡Me siento dichoso al saludaros como representantes de la victoriosa revolución rusa! Os saludo como a la vanguardia del ejército proletario mundial. La guerra imperialista de rapiña es el comienzo de la guerra civil en toda Europa. No está lejos el momento en que, a la llamada de nuestro camarada Karl Liebknecht, el pueblo alemán vuelva sus armas contra los*

*explotadores capitalistas. El sol de la revolución socialista se ha levantado ya. En Alemania hay un fermento que bulle. Un día de estos veremos el colapso del capitalismo. La revolución rusa que habéis realizado ha preparado el camino y abre una nueva época. ¡Viva la revolución socialista mundial!».*

La multitud repitió la consigna con entusiasmo, aunque muy pocos comprendieron su alcance. Hasta los propios bolcheviques quedaron estupefactos ante aquel extraño discurso, de tono profético e incendiario. Lenin había madurado por su cuenta una estrategia nueva y radical que iba a dar un giro transcendental al proceso revolucionario que se había iniciado con la Revolución de Febrero. Con aquel recibimiento multitudinario, Vladímir Ilyich Uliánov, quien unos pocos días atrás era un simple huésped de un zapatero remendón de Zurich, se había convertido en un dirigente popular. Hasta entonces sólo había sido conocido en círculos muy restringidos a través de sus artículos.

Stefan Zweig tenía razón al afirmar que millones de aniquiladores proyectiles se dispararon durante la Primera Guerra Mundial, ideados por ingenieros para que tuvieran el máximo alcance y la mayor potencia destructiva; pero que ninguno de ellos tuvo mayor alcance, una intervención más decisiva en el destino de la Historia, que aquel tren alemán que había transportado a los revolucionarios más peligrosos y más resueltos del siglo, y que había transitado desde la frontera suiza a través de toda Alemania, facilitándoles su vuelta a Rusia, donde hicieron saltar en añicos el orden establecido hasta entonces por el Gobierno provisional. En efecto, aquel «proyector» lanzado por la Alemania del kaiser Guillermo II, bajo la forma de un tren alemán de libre circulación, dio en el blanco; sin embargo, no sólo destruyó un imperio, sino que también cambió sustancialmente el curso de la Historia y transformó la faz del mundo.

### BIBLIOGRAFÍA

- BRADLEY, John: *The Russian Revolution*. Londres, Bison Books, 1988.  
BUYAN, James y FISHER, H. H.: *The Bolshevik Revolution, 1917-1918*. Londres, Oxford University Press, 1934.  
CARR, Edward Hallett: *History of Soviet Russia. The Bolshevik Revolution, 1917-1923*. Londres, Macmillan, 1964, Tomo III.

- CHAMBERLIN, William Henry: *The Russian Revolution*. Nueva York, Grosset & Dunlap, 1965.
- ESTRUCH, Joan: *Vladímir I. Lenin*. Barcelona, Lumen, 1989.
- FISCHER, Louis: *The Soviets and World Affairs*. Princeton University Press, 1951.
- GONZÁLEZ-DORIA, Fernando: *El vértigo de Rusia: Lenin*. Madrid, Cunillera, S.L., 1974.
- HILL, Christopher: *Lenin and the Russian Revolution*. Londres, The English Universities Press, 1957.
- HOFFMANN, Max: *Der Krieg der versäumten Gelegenheiten*. Munich, 1924.
- KRUPSKAIA, Nadiezhda Konstantinovna: *O Lenine. Sbornik Statei*. Moscú, Gosudarstvennoe Izdatelstvo, 1960.
- KRUPSKAIA, Nadiezhda Konstantinovna: *O Lenine. Sbornik Statei*. Moscú, Gosudarstvennoe Izdatelstvo, 1960.
- KRUPSKAIA, Nadiezhda Konstantinovna: *Vospominaniya o Lenine*. Moscú, Partizdat, 1933-1934.
- LUDENDORFF, Erich von: *Meine Kriegserinnerungen*. Berlín, 1919.
- MOOREHEAD, Alan: *The Russian Revolution*. Nueva York, Harper, 1958.
- NENAROKOV, Albert: *Historia Ilustrada de la Gran Revolución Socialista de Octubre. El año de 1917 un mes tras otro*. Moscú, Progreso, 1987. (Publicación traducida al castellano, corregida y aumentada de la edición original en ruso de 1976).
- PAYNE, Robert: *Life and Death of Lenin*. Londres, W.H. Allen, 1964.
- POSPELOV, P.N. (dir.): *Vladímir Ilyich Lenin: Biographiya*. Moscú, Istitut Marksizma-Lenina, 1960.
- RADKEY, Oliver Harry: *The History of the Russian Revolution*. University of Michigan Press, 1957.
- SPUB, David: *Lenin*. Nueva York, Doubleday, 1950.
- VALENTINOV, Nikolai: *Vstrechi s Leninim*. Nueva York, Izdatelstvo Imeni Chekhova, 1953.
- VARIOS: *Historia del comunismo. De Lenin a Gorbachov*. Madrid, El Mundo del Siglo Veintiuno, 1990.
- WILSON, Edmund: *To the Finland Station*. Nueva York, Doubleday, 1953.
- ZEMAN, Z.A.B.: *Germany and the Revolution in Russian, 1915-1918*. Londres, Oxford University Press, 1958.
- ZWEIG, Stefan: *Momentos estelares de la Historia*. Barcelona, Juventud, 1958. (Publicación traducida al castellano de la original en alemán titulada *Sternstunden der Menschheit*. Eva Alberman, 1947).